

# MEMORIAS (BIBLIOTECARIAS) DE UN NIÑO DE MOSCÚ. JOSÉ FERNÁNDEZ SÁNCHEZ



EN 1925 NACE JOSÉ FERNÁNDEZ SÁNCHEZ EN ABLAÑA, PUEBLO MINERO SITUADO A POCOS KILOMETROS DE MIERES (ASTURIAS). HIJO DE PADRE MINERO (LUEGO LAMINADOR) Y SOCIALISTA, ESTUDIA SUS PRIMEROS CURSOS EN LA ESCUELA DE ABLAÑA: "TENÍAMOS POR ÚNICO LIBRO DE TEXTO LA *ENCICLOPEDIA CÍCLICO-PEDAGÓGICA* DE DALMAU CARLES, PERFECTAMENTE AJUSTADA A LA METODOLOGÍA DE AQUELLA ENSEÑANZA, DONDE TE EXIGÍAN SABER LAS COSAS DE MEMORIA, SIN PENETRAR EN SU SENTIDO. (...) MI PADRE QUERÍA PARA MÍ ALGO DISTINTO. ÉL ESTABA ANGUSTIOSAMENTE EMPEÑADO EN QUE YO FUERA AL BACHILLERATO, QUE SIGUIERA ADELANTE, PARA ALGÚN DÍA LLEGAR A CAPATAZ DE MINAS", LO QUE EN ABLAÑA, EN AQUELLOS TIEMPOS, ERA EL TECHO DE LAS ILUSIONES.

## Ablaña, Mieres, Asturias 1934

En Ablaña no teníamos librería ni quiosco de prensa. De tarde en tarde mi padre me traía de Mieres un tebeo, o un librito, que cuando me gustaba llegaba a aprendérmelo de memoria. Esos libros después me servían para el intercambio con otros muchachos. Los libros ajenos había que devolverlos poco menos que a fecha fija, de lo contrario podías quedar privado de lecturas hasta que pudieras ofrecer un libro lo suficientemente apetecible como para que te perdonaran la infracción. Pero todos estábamos interesados en la fluidez del intercambio.

De esta forma me acostumbré a leer pronto y a barrisco: libros de la editorial Molino, argumentos novelados de películas de la colección Cinema, La Novela Aventura, números atrasados del *Campeón* y del *As*, tebeos. Y muchas novelas de Nick Carter, unos libritos en octavo en sesenta y cuatro páginas. El hecho de que todas las historias ocuparan el mismo número de páginas me tenía un tanto mosqueado.

Tampoco me perdía *El Socialista* y *Avance*, a los que estaba suscrito mi padre. Entre los libros serios me conmovió uno, al que le faltaban los primeros capítulos; más tarde supe que se trataba de *La buena tierra*, de Pearl S. Buck. También me agradó un libro del ruso Nikolái Garin. Eran ejem-



plares muy sobados, con la cubierta resbaladiza como baraja de taberna, que olían a hogar de pobre. Así, pasando de lo sublime a lo abyecto y viceversa, me hice devorador de libros, más que lector. En la escuela teníamos varios ejemplares del *Quijote*, que el maestro repartía para que lo fuéramos leyendo en voz alta, pero esta lectura obligatoria no tenía nada que ver con el placer de leer. Era como el jarabe dulce para la tos.

---

"EL DÍA QUE ABRIERON LA BIBLIOTECA DEL CENTRO OBRERO, MI PADRE ELIGIÓ PARA MÍ LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS, DE LA EDITORIAL SOPENA. ERA UN EJEMPLAR COMPLETAMENTE NUEVO. EL AUTOR SE LLAMABA JULIO, UN NOMBRE EXCESIVAMENTE SIMPLE PARA UN LIBRO TAN HERMOSO"

---

Yo soñaba con un armario lleno de libros nuevos para mí solo. Para leerlos y para alinear sus lomos y pasarles de cuando en cuando revista, como a una guardia de honor.

El día que abrieron la biblioteca del Centro Obrero, mi padre eligió para mí *La vuelta al mundo en ochenta días*, de la editorial Sopena. Era un ejemplar completamente nuevo. El autor se llamaba Julio, un nombre excesivamente simple para un libro tan hermoso. Las pastas de cartón crujían al abrirlas y las páginas olían a tinta reciente y a papel intacto. Ocurrió esto en sábado y lo estuve leyendo en la cocina, hasta que mi madre me mandó a la cama. A la mañana siguiente reanudé la lectura recogiendo sobre las páginas el resplandor que se colaba por las contraventanas. Mis hermanos se levantaron, en la cocina ya había ruido de vajilla, pero yo continuaba leyendo frenéticamente, temiendo que mi madre me obligara a levantarme, con la consiguiente pérdida de tiempo para lavarme, vestirme y desayunar. Era el primer libro estrenado por mí y por eso lo que en él se decía era como escrito para mí solo. Ningún otro libro me ha gustado tanto: solo éste excitaba la vista, el olfato, el tacto y hasta el oído y todo ello de un golpe.

Poco después estalló la Revolución de Octubre de 1934 y durante la represión fue clausurado el Centro Obrero y requisada la biblioteca.

**El día que cumple doce años muere su padre, de las heridas provocadas por un proyectil en el frente de guerra. Es enviado a un orfanato miliciano de Gijón. La razón era que allí estudiaría el bachillerato: “Esa era la palabra mágica que me hizo olvidar todas las dudas. (...) Un día de julio de 1937 salí de Ablaña. No sabía que me iba para treinta y cinco años, que es casi como irse para siempre”. En septiembre un grupo de niños asturianos son evacuados en barco a Rusia. A los cuatro años de residir en Moscú, nueva evacuación ante el avance del ejército alemán, a la región esteparia de Sarátov. Acabada la guerra ingresa, por poco tiempo, en la Escuela de Ingeniería Militar en Leningrado. Cinco años después de su partida regresa a Moscú, a es-**



Portada de libro diseñado por El Lissitzky





**tudiar en una escuela de peritaje textil y más tarde a trabajar en una fábrica de tejidos.**

## Instituto Superior de Biblioteconomía, Moscú 1947

En el verano de 1947 me di de baja en la fábrica y en septiembre ingresé a estudiar en el Instituto Superior de Biblioteconomía. Nuestro instituto se hallaba en la estación de Levoberézhnaya, a dieciocho kilómetros de Moscú. Tenía unos veinte años de existencia. Hasta entonces los bibliotecarios se habían reclutado preferentemente entre los filólogos. La apertura del instituto y de esa rama universitaria dio también origen a disciplinas de nueva planta, derivadas de la biblioteconomía y de la bibliografía. Esas disciplinas precisaban determinar su naturaleza y contenido, deslindarlas unas de las otras. Cada una necesitaba de un ámbito amplio, para que en él tuvieran cabida las nuevas cátedras, los nuevos manuales, tesis, tesis doctorales. Y de cuando en cuando los simposios y conferencias científicas en los que discutir y fijar los nuevos conceptos y definiciones. Cada nueva definición provocaba encarnizadas disputas. Aún recuerdo la publicación en 1956 del artículo de mi amigo Iván Reshetinski "Sobre la teoría y la praxis de la bibliografía", que dio origen a una discusión talmudística y dogmática, que dura hasta hoy, cuarenta años después.

Preferí el instituto de biblioteconomía porque en él no había matemáticas y sólo asignaturas blandas, como la historia y la literatura. Los españoles mayores, que decían saber el futuro de cada profesión en España, desde el primer momento me advirtieron que la profesión de bibliotecario en España no tenía ninguna salida.

Los dirigentes españoles gustaban de presumir en sus discursos del número de niños españoles que cursaban en la URSS carreras de ingenieros y médicos, para agregar a continuación que los hijos de obreros en España no podían soñar con esas profesiones. Citaban siempre las profesiones más impactantes. Había una fogosa dama española, siempre en estado de exaltación histó-

rica, que tras averiguar qué profesión cursaba cada uno de nosotros, exclamaba:  
- ¡Vamos a llevar de todo!

---

*"LOS ESPAÑOLES MAYORES, QUE DECÍAN SABER EL FUTURO DE CADA PROFESIÓN EN ESPAÑA, DESDE EL PRIMER MOMENTO ME ADVIRTIERON QUE LA PROFESIÓN DE BIBLIOTECARIO EN ESPAÑA NO TENÍA NINGUNA SALIDA"*

---

Cada vez que me preguntaba por mi profesión, pues nunca se acordaba que ya lo había preguntado, y yo le contestaba que iba para bibliotecario, ella nunca daba salida a su entusiasmo. A esa profesión, que no servía para citar en los discursos, tampoco concedían mucho interés nuestros dirigentes en Moscú, que habían centrado su atención en la universidad y en el instituto de ingenieros en energía, y que citaban con admiración rural. A los que estudiábamos para bibliotecarios nos dejaban en paz. Era como si no existiéramos. Además, el español que estudiaba conmigo, Gerardo, ya desde el internado había sido catalogado de antisoviético, y esas etiquetas se pegaban para toda la vida. Confirmando su fama, Gerardo con frecuencia me decía:

- Mi padre no murió por esto.

Al padre de Gerardo, comunista, lo mataron al principio de la guerra en la defensa de San Sebastián.

**En 1949 se casa con una muchacha del instituto, Gala Bobrovskaya, que estudiaba dos cursos por delante. Al terminar sus estudios Gala es enviada de profesora a una escuela (*téjnikum*) de biblioteconomía en Izhevsk, cerca de los Urales, capital de la República Autónoma de Udmurtia. A esta ciudad obrera de industria militar (es donde se fabrican los legendarios fusiles de asalto AK-47 o Kaláshnikov), de unos trescientos mil habitantes, donde comenzaba a nevar a mediados de octubre y la nieve se derretía a finales de mayo, llegará José al año siguiente a dar clases en la misma escuela de biblioteconomía.**

## Izhevsk, Udmurtia, 1950

El primer año de profesor en Izhevsk me llevó a la conclusión de que yo no era bueno. Para ocultar mi inseguridad me mostraba con los alumnos demasiado duro y exigente, sin matices. Y hasta el final no encontré con ellos el tono adecuado. Mi mujer enseñaba la asignatura de catalogación, mucho más árida que la mía de literatura. Sin embargo yo no tenía duda de que ella estaba mejor considerada que yo por los alumnos y por los demás profesores. En verano me ofrecieron trabajo de bibliógrafo en la Biblioteca Republicana y allí me fui sin pensarlo. Era un trabajo más interesante, más adecuado a mi carácter, que me obligaba a viajar mucho por todo el territorio de Udmurtia. Eso también me gustaba, aunque tenía que desplazarme a lugares muy alejados del ferrocarril, adonde se llegaba en camión o en trineo, haciendo autostop. En esos viajes comía y dormía de mala manera. Pero yo tenía entonces veintiséis años, una edad que ahora a veces dudo que haya tenido alguna vez. Cuando volvía de aquellos viajes, que solían durar diez días, dejaba la maleta en el suelo y sin entrar en casa cogía una muda y me iba corriendo a los baños públicos a quitarme la mugre.

En la biblioteca republicana trabajaban unas treinta personas, todas mujeres. El personal de la biblioteca, igual que los profesores de la escuela, era gente local; ninguno tenía estudios superiores especiales. Nosotros éramos los primeros, aunque los viejos recordaban a especialistas que habían permanecido en Izhevsk muy poco tiempo, y se habían ido en busca de ciudades más atractivas y cálidas.

Después de pasar a la biblioteca, seguía muy de cerca lo que acontecía en el *téjnikum*: nuestra casa estaba muy próxima, y asistía con mi mujer a alguno de los actos que se celebraban allí, especialmente el de fin de carrera. Estudiaban en el *téjnikum* casi exclusivamente muchachas. Habían nacido todas poco antes o durante la guerra, entre ellas muchas huérfanas. Eran de la ciudad, aunque también las había de zonas rurales. Procedían de familias con escasos o ínfimos recursos. El centro y la profesión no eran prestigiosos. En los actos de despedida

acudían con lo mejor que tenían, que no era mucho, pero sobre todo con el entusiasmo de la juventud, románticas e ilusionadas ante las perspectivas de comenzar a trabajar. En aquellos actos eran obligatorios los discursos, en los que la directora hablaba de la hermosa profesión de bibliotecario, echaba mano de todos los lugares comunes que rodean al libro y la lectura, pero no hablaba para nada de las dificultades que les esperaban. Nadie lo hubiese consentido. Después una de ellas, Zórina, con la que me encontré en una aldea lejana, me decía con duras palabras de reproche:

- De niña te alimentan de papilla, pero de mayor la vida, nada más asomarte, lo primero que hace es meterte un puñado de mierda en la boca.

Yo podía decirle que a mí me había pasado lo mismo, pero mi vida era incomparablemente mejor que la suya, que la de cualquiera de aquellas niñas ilusionadas, que se congregaban en el aula mayor para escuchar engañosas arengas.

Después, en mis salidas de inspección, fui conociendo cómo las trataba la vida en los lugares de trabajo, en los que estaban obligadas a permanecer tres años. También a ellas el ayuntamiento del pueblo estaba obligado a concederles vivienda. Esta solía ser, en el mejor de los casos, una habitación en una vivienda campesina, pero las isbas generalmente no tienen más de una habitación, de modo que la bibliotecaria solía compartir su cama con la hija menor del matrimonio campesino que la hospedaba. Aparte de pagar el alojamiento, el ayuntamiento daba una cantidad de leña. Generalmente la muchacha compartía la frugal comida de los dueños, y dada la facilidad con que el campesino ruso acoge a un extraño, llegaba a convertirse en miembro de la familia. Algunas, sobre todo las de procedencia campesina, terminaban haciéndose a la vida del pueblo y se casaban con un muchacho del lugar. Con ello también evitaban el acoso sexual, al que se veían sometidas, sobre todo por parte del alcalde, que se consideraba dueño y señor de todos los que constaban en la nómina de la alcaldía. Zórina se había casado con el director del club, un alcohólico, que se emborrachaba todos los días y le daba una vida de perros. Las que eran de ciudad utilizaban todas las

---

*"ME OFRECIERON TRABAJO DE BIBLIÓGRAFO EN LA BIBLIOTECA REPUBLICANA Y ALLÍ ME FUI SIN PENSARLO. ERA UN TRABAJO MÁS INTERESANTE, MÁS ADECUADO A MI CARÁCTER, QUE ME OBLIGABA A VIAJAR MUCHO POR TODO EL TERRITORIO DE UDMURTIA"*

---



*“EN AQUELLOS ACTOS ERAN OBLIGATORIOS LOS DISCURSOS, EN LOS QUE LA DIRECTORA HABLABA DE LA HERMOSA PROFESIÓN DE BIBLIOTECARIO, ECHABA MANO DE TODOS LOS LUGARES COMUNES QUE RODEAN AL LIBRO Y LA LECTURA, PERO NO HABLABA PARA NADA DE LAS DIFICULTADES QUE LES ESPERABAN. NADIE LO HUBIESE CONSENTIDO”*

tretas para volver a casa antes de tiempo. Muchas veían facilitado su propósito cuando la esposa de algún preboste local aspiraba al puesto de bibliotecaria.

El único que me escribía a Izhevsk era mi amigo Valeri Nikoláev. Al término de la carrera Valeri solicitó ser destinado a la biblioteca regional de Chitá, en Siberia Oriental, al otro lado del lago Baikal. Siempre le habían interesado los decembristas, los oficiales que se levantaron en armas en diciembre de 1825. Condenados por ello a cadena perpetua, fueron recluidos en el terrible penal de Akatúi, en la región de Chitá, y despojados de sus grados militares y de sus títulos nobiliarios. Mijail Lunin, el más íntegro de todos, al que llamaban “Don Quijote”, el más castigado, que murió trabajando en las minas, así veía el futuro de todos ellos: “Unos se casarán, los otros se harán monjes y los terceros acabarán alcoholizados”. No acertó. Entre ellos no se dio ningún caso de alcoholismo, algo que aún hoy asombra por lo que tiene de excepcional.

Valeri me escribía, contándome sus interesantes descubrimientos en los archivos. Llegó a conocer la historia del decembrismo mejor que nadie, pero no logró impregnarse del espíritu de aquellos hombres, de ser más fuerte que las circunstancias, que las mazmorras, las minas, el frío, y la soledad.

Valeri volvió a Moscú para hacer un curso de posgraduado.

Más tarde defendió brillantemente su tesis doctoral y sacó una cátedra en nuestro Instituto. Cuando volví a Moscú fui a verle. Vivía solo, rodeado de libros, que ocupaban buena parte de su habitación. Le encontré endurecido y se notaba que bebía mucho. Ya estando yo en España me enteré de su muerte. Me lo contó Kolia Kartashov, director de la Biblioteca Nacional *Lenin* de Moscú, en su visita a España. Nikoláev había ido a dar unas conferencias a una ciudad del Asia Central. Una noche se encerró en la habitación del hotel y se puso a beber brutalmente, hasta que le falló el corazón.

De aquellas muertes de las que tuve noticia sobre todo sentí la de Valeri Nikoláev. Todos habíamos llegado al Instituto atraídos por el nombre ambiguo de bibliografía, que

algunos confundían con la crítica literaria. Otros vieron en la profesión la posibilidad de leer muchos libros, otros hallaron en el Instituto un refugio contra las matemáticas. Ninguno había llegado conociendo las posibilidades y salidas que brindaba la profesión. El único que sabía a dónde venía era Valeri Nikoláev, con una indudable vocación de bibliógrafo, de la que con el tiempo llegó a ser un renombrado especialista, profesión en la que dijo palabras nuevas. Sobre todo era notable su conocimiento de los escritores menores del siglo XIX, influidos por la ideología populista, que no aparecen en los libros de texto al uso, todos esos Ertel, Zasadimski, Naúmov, Karonin-Petropávlovski, que los demás no conocíamos ni por el nombre, y él los había leído a todos y tenía de ellos opiniones no triviales. Pero Valeri ya llevaba dentro incubada la enfermedad heredada que le mató tan pronto: en los años de estudiante los sábados, después del baño, sacaba de la mesita de noche un vaso de vodka lleno hasta el borde, medido de antemano, y se lo bebía de un trago, con la fruición y el carraspeo de un viejo borracho.

Durante mis visitas a las bibliotecas comprobé que casi ninguna tenía el sello de goma que se imprime en los libros para identificar su propiedad. En España esos sellos se encargan en cualquier papelería. Allí, me explicaron, había que hacer una solicitud, firmada por el alcalde y por el jefe local de la policía y enviarla a Izhevsk, al KGB de Udmurtia, que concedía el permiso definitivo. Sólo entonces la empresa que hacía los sellos admitía el encargo. Me acordé que de niño, en nuestro internado, pregunté a un educador ruso por qué en la URSS no había imprentillas como las que por Reyes me regalaba mi padre. Con las letras de goma de aquellas imprentillas yo podía componer mi nombre y poco más. El educador me explicó cuántos males podía producir una imprentilla manejada por un enemigo del pueblo, que la podía utilizar para divulgar su envenenada propaganda antisoviética.

El apellido de soltera de nuestra directora de la biblioteca, Dolgánova, era Pastujova, un apellido que es toda una institución en Izhevsk. Su tío y su padre habían sido los primeros comunistas de Izhevsk, tienen mo-



El desfile del primero de mayo en Moscú, 1954



numento en el centro de la ciudad y sus nombres figuran en calles y pueblos. Pese a tales orígenes heroicos, Zoya era una mujer sumamente tímida, siempre a la defensiva, con un paso atrás. Tendría unos cincuenta años, y se veía que había sido guapa. En su pequeño despacho siempre mantenía encendida la estufa de leña. En ella, en un tarro, se cocía una infusión de ajeno. Antes de salir de su despacho para recorrer la biblioteca la directora se tomaba una taza de la infusión para neutralizar el olor a vodka en el aliento. Lo que no podía evitar aquella infusión era el temblor constante de sus manos. Un día, sin previo aviso, fue destituida y nombrada en su lugar Polina Semiónovna Zhúkova, hasta ese momento jefa del Departamento de Cultura en el Gobierno local.

Zhúkova era la típica alta funcionaria, perteneciente a la nomenklatura local. Su carrera se parecía a la de tantos dirigentes del partido. Había sido secretaria de las Juventudes Comunistas y de allí ya entró en la órbita de los intocables, y como nunca cometió una pifia muy grave y nunca se enfrentó a sus jefes fue pasando de un despacho a otro, gozando de todas las prebendas de la nomenklatura, hasta el día en que tuvo que bajar un peldaño y pasar de viceministra a directora de la Biblioteca Republicana. No tenía ninguna especialidad en concreto. Era una administradora de amplio espectro, que lo mismo valía para un roto que para un descosido. Consciente de su ignorancia dejaba a la gente subordinada trabajar sin molestarla demasiado. Consultaba mucho con los especialistas, concretamente conmigo, aunque no recuerdo que hiciese algo de lo que yo le aconsejaba.

A su llegada dejó de cocerse la infusión de ajeno, pero en aquel pobre despacho Zhúkova se mantenía soberbia y altiva, como se había mantenido en los despachos grandes que había ocupado toda la vida. En el ministerio el puesto de Zhúkova lo heredó Shestakov, también procedente de las Juventudes Comunistas. Conservaba intacto el lenguaje de los comunistas de los años treinta, que ya nadie utilizaba. Había hecho la guerra como comisario político y era de ademanes y palabras cortantes, rudo, demagogo,

le gustaba pronunciar ante los bibliotecarios rurales encendidos discursos, en los que criticaba ferozmente a los empleados de la Biblioteca Republicana. Después sentía remordimientos de conciencia y se portaba mansamente conmigo, como pidiéndome perdón. En ese estado de ánimo suyo yo le ponía las peras al cuarto, y él me escuchaba con evidente satisfacción.

A los pocos días de comenzar a trabajar en la biblioteca, vino a verme Ivanov, que se había jubilado de allí hacía poco. Era ya muy viejo y caminaba con dificultad, arrastrando los pies. Dijo que se había enterado de la llegada a la biblioteca de un español y venía a darme la bienvenida y a hablar conmigo en francés, pues en Izhevsk no encontraba interlocutor en ese idioma. Le dije que yo tampoco sabía hablar francés y se mostró claramente contrariado, incluso decepcionado. Pese a ello no perdió interés por mi persona. Cuando se fue, todos siguieron hablándome de Ivanov y me pusieron en antecedentes sobre aquel personaje. Había sido deportado de Leningrado a Izhevsk en 1937. Tenía el título de conde, circunstancia que ocultaba celosamente. En Izhevsk se colocó de maestro de escuela, pero pronto le echaron, pues su metodología, su lenguaje y sobre todo su mentalidad ya pertenecían a otra época y resultaba antipedagógico. Vivió un tiempo de las traducciones del francés y del inglés, pero en Izhevsk no estaba muy solicitado. Empezó a vivir de la caridad, y todos recordaban su figura flaca y desgarbada a la entrada de la panadería con el brazo alargado, en actitud implorante. Por lástima, Dolgánova, la directora, le colocó en la Biblioteca Republicana, en la que, sospecho, estorbaba más que ayudaba. En mi habitación se reunió media biblioteca para saludarle y para reprocharle el olvido en que los tenía. Y él se justificaba, como si implorara algo. Se notaba que allí, en la biblioteca, todos le tenían cariño. Por su mísero pasado, por todas las humillaciones soportadas hasta convertirse de conde en la ciudad imperial a por Dios en una remota ciudad provincial. Sí, le querían y se disgustaron mucho,

---

*“CONSERVABA INTACTO EL LENGUAJE DE LOS COMUNISTAS DE LOS AÑOS TREINTA, QUE YA NADIE UTILIZABA. HABÍA HECHO LA GUERRA COMO COMISARIO POLÍTICO Y ERA DE ADEMANES Y PALABRAS CORTANTES, RUDO, DEMAGOGO”*

---

incluso me reprocharon que yo no supiera francés, privando así al viejo del placer de hablar aquel idioma. No volvió a la biblioteca, pero me crucé con él en la calle un par de veces y nos paramos a hablar. En ruso, por supuesto.

El trabajo en la biblioteca me obligaba a viajar bastante por todos los distritos. Así fui conociendo la dura realidad de la república.

El distrito de Kuliga, en el extremo nororiental de la república, era el más alejado. Está a unos cincuenta kilómetros del ferrocarril, con el que está enlazado por un pésimo camino de tierra. Kuliga es un pueblo pequeño y no aparece en los mapas. Pero es fácil de localizar: al pie del pueblo nace el Kama, el gran río de los Urales. El Kama brota de un pozo, se arremansa y fluye hacia el norte, donde hasta el Océano glacial Ártico apenas se encuentran huellas del hombre. Es una zona de pantanos y de bosques, cuyos únicos habitantes son la *lesnaya nézhit*, los trasgos de la floresta rusa. Esta zona permaneció despoblada hasta finales del siglo XVII, hasta la época de Pedro el Grande. La persecución a que este zar sometió a los viejos creyentes, a los *kerzhaki*, obligó a éstos a abandonar sus poblados a orillas del Volga. Abriéndose paso entre bosques espesos y desiertos parajes, llegaron a estas tierras. Venían en busca de un escondite, donde les dejaran en paz con su fe y sus libros manuscritos. No todos los libros eran sagrados. Algunos contenían historias más o menos fabulosas. Entre los libros nunca faltaban las obras de Raimundo Lulio, pues los viejos creyentes en sus siglos de peregrinaje no encontraron mejor acompañante y guía que el beato mallorquín. En las nuevas tierras los *kerzhaki* fundaron pequeños monasterios, al amparo de los cuales nacieron estos pueblos, como Kuliga. Pese a los siglos transcurridos los *kerzhaki* seguían siendo perseguidos principalmente por su carácter indómito y cerrado, que hacía difícil dominarlos. De cuando en cuando las autoridades hacían en esos pueblos redadas bibliográficas, como la que yo contemplé. La policía, igual que los jenízaros en la corte de los Corvinos,

entraba de improviso en las casas, lo revolvió todo y salía con brazadas de libros, que descargaba en un carro que esperaba a la entrada. Después el carro cargado de libros iba camino del fuego.

En la biblioteca local conté indignado lo que había visto. La bibliotecaria me dijo que esas razias se sucedían cada cierto tiempo. Cuando volví a Izhevsk escribí una carta indignada al profesor leningradense Igor Eriómin, figura de primer orden en la investigación de la literatura rusa antigua, describiéndole el expolio del que había sido testigo. En su amable respuesta me preguntaba si yo había podido salvar algunos libros de aquéllos. Él estaba dispuesto a comprármelos. Mayor eco tuvo otro escrito mío. En uno de los troncos del pozo, donde nace el río Kama, al lado de otros nombres escribí el mío. Es una práctica que siempre detesté, pero aquella vez quise dejar constancia con aquel *graffiti* de que hasta allí había llegado un español. Para vergüenza mía, años después todos mis conocidos de Izhevsk que viajaban a Kuliga seguían trayéndome la reconfortante noticia de que mi nombre se mantenía indeleble.

El idioma udmurto, que se conservaba en las aldeas, adquirió su carácter de lengua escrita después de la revolución. Pese a los esfuerzos por ampliar su ámbito cultural, la lengua udmurta seguía agazapada en el mundo rural. La única inscripción en idioma udmurto en Izhevsk era el nombre de la panadería central, que ponía *niañ*, pan. Había un instituto de la lengua, cuya producción principal fue durante años la traducción al udmurto de las obras completas de Lenin, cincuenta y pico tomos, cada uno de unas seiscientas páginas. Tomos que no leía nadie, pues el udmurto culto, al que suponíamos que le interesaban las obras completas de Lenin, prefería leerlas en ruso. Después, como esos tomos no tenían compradores, se enviaban a nuestras bibliotecas, que se quedaban sin presupuesto para la adquisición de obras más útiles o más solicitadas por los lectores. Esas ediciones de Lenin se hacían para que en las estadísticas de la UNESCO las obras de Lenin aparecieran como las de mayor tirada del mundo, delante de la Biblia, con la que año tras año

---

"NO TODOS LOS LIBROS ERAN SAGRADOS. ALGUNOS CONTENÍAN HISTORIAS MÁS O MENOS FABULOSAS. ENTRE LOS LIBROS NUNCA FALTABAN LAS OBRAS DE RAIMUNDO LULIO, PUES LOS VIEJOS CREYENTES EN SUS SIGLOS DE PEREGRINAJE NO ENCONTRARON MEJOR ACOMPAÑANTE Y GUÍA QUE EL BEATO MALLORQUÍN. "

---





"EN LA UNIÓN SOVIÉTICA SE HIZO UN ENORME ESFUERZO PARA LLEVAR EL LIBRO AL PUEBLO. PERO FUE TRISTE COMPROBAR QUE LAS BIBLIOTECAS EN LOS PUEBLOS NUNCA PASARON DE SER SUPERESTRUCTURAS, INSTITUCIONES, AJENAS AL MUNDO RURAL."

Lenin mantenía una pugna en el número de ejemplares editados. No sé si la Biblia se editaba con el mismo propósito de engordar las estadísticas, pero como los ejemplares no vendidos de la Biblia no iban a parar a nuestras bibliotecas, esa cuestión ya me interesaba menos. Izhevsk era una ciudad rusa, en la que vivían muy pocos udmurtos, preferentemente intelectuales subvencionados: artistas, filólogos y literatos. También abundaban los burócratas, en los centros de la Administración republicana, incrustados allí por razones de política nacional. En Izhevsk no había una sola escuela en lengua udmurta, y los hijos de los udmurtos de la capital ya no sabían el idioma de sus padres. Por eso no llegaban a sentirse distintos del todo, como se sentían sus vecinos los tártaros, que eran musulmanes. Un tártaro con una hija casadera salía a buscar para ella donde fuera un marido tártaro. Otro no valía. Los udmurtos se casaban de buena gana con las rusas y viceversa, y cuando se hablaba de algún matrimonio mixto, el udmurto no dejaba de señalar favorablemente esa circunstancia del mestizaje. Esa cultura creada por decreto no logró formar espectadores, lectores, público en general. En parte debido a que la conciencia étnica de los udmurtos estaba debilitada por la religión ortodoxa, común con la de los rusos. Los escritores se habían impregnado de ese espíritu parasitario que crea la literatura subsidiaria. El dramaturgo Sadóvnikov se me quejaba amargamente porque las autoridades de la República de los Komi, parientes próximos a los udmurtos, no habían escatimado dinero para convertir a su dramaturgo Nikolái Diákonov en premio Stalin. Dieron a traducir la comedia *La boda con dote* a un buen dramaturgo ruso, Glébov, le pagaron bien, y en 1951 la obra de Diákonov salió premiada. Desde ese momento Diákonov se dedicó exclusivamente a beber. Sadóvnikov consideraba que en Udmurtia no había premios Stalin porque la Administración y el Comité del Partido eran muy tacaños. En la biblioteca sólo una empleada sabía el udmurto. En la sección de préstamos a domicilio había sólo un lector que leía libros en udmurto. Entre nosotros, los

bibliotecarios, era una celebridad, y sobre él se ejercía una tutela especial y se le mimaba, no fuera a desertar y pasarse a leer libros en ruso.



Sello de 1956 dedicado a Nadezhda Krúpskaya

En la Unión Soviética se hizo un enorme esfuerzo para llevar el libro al pueblo. Pero fue triste comprobar que las bibliotecas en los pueblos nunca pasaron de ser superestructuras, instituciones, ajenas al mundo rural. Según la idea inicial de Krúpskaya, la biblioteca rural debía sustituir a la iglesia y a la taberna. No era una mala idea, mas para hacer del campesino un lector se requería que su trabajo fuese menos duro, su vida más amable y mayor su bienestar. Me estoy refiriendo a una época anterior a la televisión, que en unos días arraigó en el medio rural mucho mejor que la biblioteca en varios decenios. En el mismo tiempo y con menor esfuerzo la televisión produce más placer que un libro. El sistema se mantenía gracias a que los bibliotecarios estaban muy mal pagados, aunque sus salarios miserables les parecían envidiables a los campesinos, que prácticamente no cobraban nada por su trabajo en el campo común y sobrevivían gracias a lo que cosechaban en el huerto al lado de casa. Aquel salario también era apetecible para las esposas de los secretarios del partido, que en una aldea no hallaban otro trabajo limpio, acorde con sus pretensiones. Muchas de aquellas esposas lograban la expulsión de las bibliotecarias para ocupar su sitio. Nosotros condescendíamos bastante con esa práctica, pues la posición del marido ponía a la biblioteca a salvo de la tiranía de la autoridad rural. A veces ese deseo de sustituir al bibliotecario llevaba a la arbitrariedad más absoluta. Así pasó en el pueblo de Atabáevo, en el distrito de Kiyásovo, de población exclusivamente rusa. Me des-

placé hasta allí porque la bibliotecaria había sido expulsada del trabajo para poner a un hombre, ya de edad, que, según me dijeron, acababa de llegar de Moscú. En voz baja, relacionándolo con su tropelía, me contaron que había sido guardaespaldas de una persona importante, incluso del propio Stalin.

Tal vez la biblioteca era una excrecencia en aquel mundo rural, donde la gente ni siquiera entendía por qué el bibliotecario cobraba un sueldo que para aquellos míseros campesinos suponía una riqueza. Quizá por ese deseo de hallar a la biblioteca una utilidad evidente encontró tan calurosa acogida la idea de convertir la biblioteca en gallinero. Un día de invierno lo primero que vi al entrar en una biblioteca rural fue una turba de polluelos que corrían patizambos por el suelo. La sala de lectura olía persistentemente a gallinaza. Cuando le pedí explicaciones a la bibliotecaria, ésta se echó a llorar y entre lágrimas me contó que por orden del alcalde a ella le habían encomendado el cuidado de los polluelos. Fui a ver al alcalde, que me miró extrañado. ¿De qué libros y de qué lectores le hablaba? ¿Acaso no me había enterado que ahora la misión principal de todo el pueblo era alcanzar y superar a Norteamérica en la producción de huevos y de carne? En la granja avícola los polluelos se mueren de frío. Aquí en la biblioteca hay estufa y una chica que se encarga de criarlos. Cuando superemos a Estados Unidos y alcancemos la abundancia, tendremos tiempo de ocuparnos de los libros.

Salí de aquel pueblo hecho una furia y en ese estado de ánimo me dirigí al pueblo vecino. Allí encontré la misma situación. No

se trataba pues de la ocurrencia de un alcalde oscurantista, sino de una disposición de las altas esferas de la república, que acababan de recibir un rapapolvo de Jrushchov por sus pésimos resultados en la avicultura. En Izhevsk fui a ver al viceministro de Cultura, que con mucho esfuerzo consiguió la promesa de que al llegar la primavera dejarían libres las bibliotecas.

**Entre 1956 y 1957 regresaron a España 2.600 españoles. De ellos, 1.500 pertenecían a la generación de los casi 3.000 que habían salido niños de España: “Mi mujer era rusa, tenía dos hijos y una profesión, la de bibliotecario, que según la opinión de todos los españoles consultados, me incapacitaba para la vuelta”. A fines de 1957 José recibe la vaga promesa de que quizás podría mudarse a Moscú con su familia. Se aferra a ello y en 1958, gracias a la mediación de la Cruz Roja, la familia se asienta en Moscú.**

## Biblioteca Nacional Lenin, Moscú 1958

Entré a trabajar en la Biblioteca Nacional Lenin, donde me conocían por mis publicaciones. Pese a ello traspasé el umbral de la biblioteca, un enorme y suntuoso edificio, con la timidez del paleta. La Biblioteca Lenin era como el Vaticano de nuestra profesión. De allí las bibliotecas provincianas recibían publicaciones, bibliografías, consultas metodológicas, estudios históri-

*“ENTRÉ A TRABAJAR EN LA BIBLIOTECA NACIONAL LENIN, DONDE ME CONOCÍAN POR MIS PUBLICACIONES. PESE A ELLO TRASPASÉ EL UMBRAL DE LA BIBLIOTECA, UN ENORME Y Suntuoso EDIFICIO, CON LA TIMIDEZ DEL PALETO. LA BIBLIOTECA LENIN ERA COMO EL VATICANO DE NUESTRA PROFESIÓN”*



Biblioteca Nacional Lenin, en Moscú



Sello de 1939 dedicado a la Biblioteca Nacional Lenin

cos. Para nuestra profesión era un centro generador de ideas. Ahora yo iba a trabajar con aquellas personas que conocía por sus libros y artículos. Qué papel iba a hacer yo, formado en una provincia, entre aquellas lumbreras, era algo que me tenía intranquilo. Pero yo era entonces un hombre de mucho optimismo. Cada mañana, cuando salía a la calle, todo me iba recordando que estaba en Moscú, que vivía en Moscú.

Yagódina, la jefa del departamento, me acompañó a mi nueva sección y me presentó diciendo que hasta aquel momento el trabajo había descansado sobre los hombros de caríatides, pero que ahora se incorporaba un atlante. El atlante era yo.

Jrushchov estableció la jubilación forzosa de 55 años para las mujeres y de 60 años para los hombres, y elevó considerablemente la cuantía de las pensiones. Eso produjo una desbandada, sobre todo en instituciones con mano de obra preferentemente femenina. La Biblioteca Lenin se quedó con escasez de personal cualificado. Se acababan de ir grandes profesionales, casi todos con más de setenta años. No todos lograron después de una vida de trabajo amoldarse a las nuevas circunstancias de ocio. A los pocos días de entrar, asistí al entierro de Kiparísova, que se había suicidado. En la sección, donde yo era el único varón, las mujeres casi todas tenían mi edad, unos treinta años. Casi todas eran solteras. Los novios, que les hubiesen correspondido generacionalmente, habían muerto en la guerra. Algunas, ya en el límite biológico adecuado, se decidían a tener hijos pasándose así al grupo, muy numeroso entonces, de “madres solteras” o “madres solas” como se las llamaba, aunque impropriamente, pues tenían hijos precisamente para poner fin a su soledad. También para emanciparse del yugo paternal, pues en la URSS la mujer soltera está condenada para siempre a convivir con sus padres. Para las que no tenían familia, obtener vivienda e independizarse era tarea imposible.

En Izhevsk yo era un hombre llegado de Occidente, y mi presencia en Rusia requería algunas explicaciones. En Moscú era espa-

ñol. En la gente aún permanecía el recuerdo de nuestra guerra y de nuestra llegada. A unas seis paradas de la biblioteca se hallaba la que había sido nuestra casa de niños, y allí estaba toda nuestra historia anterior, que no requería ninguna explicación.

Con la gente de la sección establecí una buena amistad y confianza. A veces, al terminar el trabajo, caminábamos andando hasta la plaza de la Revolución, con el pretexto de que allí yo podría coger el metro directo hasta la estación de Sókol, la más próxima a mi calle Novopeschánaya. Íbamos caminando lentamente por el jardín Aleksándrovski, una larga hilera de tilos, que hacía escolta a la muralla posterior del Kremlin, desde la torre de la Trinidad a la de Sobakin. Los días eran luminosos, aún continuaba la atmósfera del deshielo, la juventud y el amor, y yo estaba convencido de que aún quedaban muchas cosas por ocurrirme. El día que caminaba solo, torcí hacia la plaza Roja, que llevaba al callejón Vetoshny, donde estaba la sede de nuestro partido español. (...)

En ruso hay una palabra que ya sólo conocen los ancianos: *palestina*. Es un lugar del bosque hacia el que uno siente una querencia especial, como una patria pequeña e íntima. El período que pasé en la Biblioteca Lenin de Moscú fue para mí como una *palestina*. Después me fui a trabajar a la radio, a un mundo más duro y menos amable, donde empecé a ganar dinero; más tarde estuve en Cuba y perdí de vista a aquellas muchachas. Todas han rebasado la edad de la jubilación. A veces me las imagino en un paso subterráneo de Moscú, en el grado último de la humillación, pidiendo limosna o vendiendo cigarrillos sueltos.

Las ancianas de la sección formaban un grupo aparte. Las separaba del resto no sólo la edad, sino la vocación, casi religiosa, con que se entregaban a su obra. En su juventud, en los años veinte y treinta, habían sido colaboradoras de Krúpskaya en los tiempos en que ésta era viceministra de Instrucción Pública. Nadezhda Krúpskaya, que sobrevivió muchos años a su esposo, Vladímir Lenin, había escrito y dicho muchas cosas sobre educación, llenas de retórica revolucionaria,



que el tiempo, en opinión de los más jóvenes, había convertido en verdades de Perogrullo. Por ejemplo, uno de los pensamientos más citados de Krúpskaya decía que “al bibliotecario y al maestro de escuela hay que seleccionarlos con una cautela especial, pues en el bibliotecario y en el maestro lo principal no es el talento ni las cualidades morales, sino el enfoque ideológico que hace de la persona y del libro”. Con tales pensamientos aquellas sacerdotisas de Krúpskaya reunieron diez gordos volúmenes, que titularon *Obras pedagógicas*. En realidad probablemente era una forma de perpetuarse en el tiempo ellas mismas, que aún seguían soñando con la revolución mundial. Los jóvenes las llamaban *parttioti*, tías del partido, que era una forma de señalar su caducidad. Con todo, las respetábamos porque su fidelidad a Krúpskaya, que ellas habían mantenido a lo largo de los años, había sido una callada oposición a Stalin, que en cierta ocasión amenazó a Krúpskaya con “encontrarle a Lenin otra viuda”. Una de aquellas mujeres, Anna Krávchenko, había asistido al II Congreso Internacional de Bibliografía celebrado en España en mayo de 1935, donde en el discurso inaugural Ortega y Gasset habló de la misión del bibliotecario. Quise saber qué recuerdos conservaba de España, y ella me dijo que aquel viaje, en tiempos de Stalin, fue una de las cosas que había procurado olvidar.

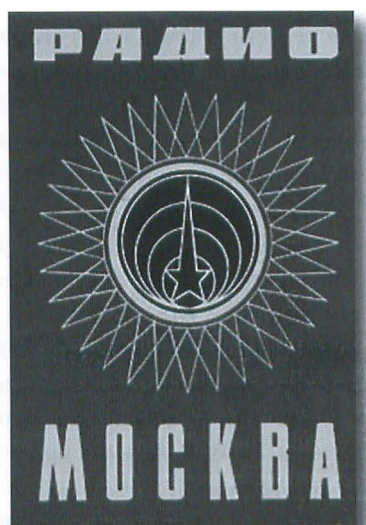
La reforma monetaria del año 1961, que devaluó el rublo en diez veces, me puso ante la evidencia de que yo ganaba noventa rublos. No había más. En nuestro mundo bibliotecario los únicos que tenían un sueldo decente eran los que ostentaban el título de doctor. Hacían el mismo trabajo que el resto, pero cobraban tres veces más. En nuestro sector había varios doctores. Una de ellas, Lévína, mujer sumamente escrupulosa, después de cada paga andaba ofreciendo dinero para corregir esa desigualdad. Yo no tenía ninguna intención de ponerme a redactar una tesis. Prefería seguir con mis temas pequeños, picoteando en los libros, no por obligación, sino por gusto. Además, una tesis era una empresa para toda la vida; había que escribirla, defenderla. Eran tres o cuatro años de trabajo. Yo no contaba con tanto tiempo. Debía regresar a España.

Moscú, la emigración española, me colocaban cara a cara con esa decisión, que se hacía difícil de demorar. Pero los míos y yo mismo aún no habíamos agotado la dicha de vivir en Moscú. Mi mujer tenía a los padres y a sus hermanas al lado; yo convivía con tantos españoles, que era como estar en España. En Moscú también me había vuelto más seguro de mí mismo. En Izhevsk me sentía inepto, pues era incapaz de salir de aquel pozo inútil, que sólo nos traía miseria e infelicidad. En Moscú, en la capital, en la primera biblioteca, en la cima de la profesión, no me había sentido inferior a nadie. Aunque la pobreza me seguía martirizando. La gente de Moscú vestía bien, en las tiendas, aunque con cola, había muchas cosas extranjeras. Yo notaba la diferencia al compararme con mis amigos del instituto. Ninguno se empeñaba en vestir bien. Vestían bien sin proponérselo, porque habían comprado su ropa en Moscú. Mis dos trajes los habían hecho los sastres “occidentales” de Izhevsk, pero aquellos trajes en la capital eran claramente orientales: de excelente paño, con generosas hombreras y solapas agresivamente puntiagudas. Esos trajes, amén de un sombrero de fieltro y una cámara fotográfica colgada del cuello, componían el uniforme con el que paseaban por Moscú todos los provincianos.

En abril de 1961 me propusieron trabajar en la radio. Acepté, porque iba a ganar más y porque en la biblioteca se había producido un cambio de mandos. En aquel mundo amable y placentero entró gente que



Sello de 1957 con la imagen de la Biblioteca Nacional Lenin



Logotipo de Radio Moscú



*"IBA A MADRID, DE DONDE ÚNICAMENTE CONOCÍA LA DIRECCIÓN DE UN REPATRIADO. PERO, DE ACUERDO CON MIS CÁLCULOS, MADRID ERA EL ÚNICO LUGAR EN EL QUE LOGRARÍA SOBREVIVIR TRABAJANDO EN UNA BIBLIOTECA O TRADUCIENDO. ESOS CAMINOS FUERON LOS PRIMEROS EN CERRARSE. MI ANFITRIÓN, INGENIERO, ME PREGUNTÓ EXTRAÑADO: - ¿BIBLIOTECARIO? CREÍA QUE ERAS INGENIERO..."*

no me gustaba nada. Los nuevos eran del Partido, rudos, incultos y resolutivos. Habían venido a reforzar las estructuras del Partido. Seguramente era de máxima urgencia, pues de los más de cien empleados de la sección apenas había cinco miembros del Partido. Tal vez se pensaba que los que trabajábamos éramos intelectuales apolíticos, gente de poco fiar.

Me fui a la radio. Allí sí que no había escasez de miembros del Partido.

En agosto de 1961 me propusieron ir de traductor e intérprete a Cuba. Allí permanecí unos cuatro años.



En barco a Cuba, noviembre de 1962

**A su regreso trabaja como traductor de la Redacción de Programas para América Latina de Radio Moscú. En 1971 consigue el tan ansiado permiso para regresar a España: "Anunciaron el embarque del avión Moscú-París. Ahora comenzaría a pagar por ser libre, y yo no sabía aún cuál iba a ser el precio, no sabía qué nos esperaba. Por el aeropuerto, detrás de mí caminaban mi mujer y mi hijo. Seguían mis pasos, confiados en que yo sabía adonde iba. Dentro de tres horas estaríamos en París. Y de allí a dos de España. Acababan el frío y el miedo. Comenzaba la libertad, la incertidumbre y los nuevos miedos. Seguía la vida".**

## Biblioteca Nacional, Madrid

En Rusia, con los años, España se había convertido en un mapa, colgado de la pared de mi casa. Allí iba yo, a España. Ese era el único punto fijo. Compré el billete Moscú-París-Madrid-Oviedo. En realidad, iba a Madrid. El último tramo únicamente lo haría si fracasaba en Madrid. Madrid era el saliente al que intenta asirse el que cae deslizándose por una pared. Sí, el regreso era una arriesgada aventura, que tiene que correr el repatriado de Rusia. El emigrado en cualquier otro país, antes de regresar definitivamente, puede darse una vuelta previa por España. Iba a Madrid, de donde únicamente conocía la dirección de un repatriado. Pero, de acuerdo con mis cálculos, Madrid era el único lugar en el que lograría sobrevivir trabajando en una biblioteca o traduciendo. Esos caminos fueron los primeros en cerrarse. Mi anfitrión, ingeniero, me preguntó extrañado:

- ¿Bibliotecario? Creía que eras ingeniero...

Y el primer traductor que conocí, me advirtió:

- En España no se puede vivir de la traducción.

Haciendo antesala en varias editoriales, enseguida comprendí que, efectivamente, en España con la traducción me podía morir. Pese a todo el primer año traduje ocho libros para Alianza, Salvat RTV y Alberto Corazón. En el verano de luz cegadora de Madrid, con la mirada tantas horas clavada en el folio blanco, perdí mucha vista y tuve que ponerme gafas. El dependiente de una óptica me sacó varias gafas y de unas me dijo que eran el último grito, iguales a las gafas que usaba el presidente Nixon. Las gafas presidenciales costaban nueve mil pesetas. Preferí un modelo igual a las maltrechas gafas que guardaba mi madre en el cajón de los hilos para enhebrar la aguja y que costaban justo diez veces menos.

Seguí traduciendo, ahora con gafas.

Aquellos días salía a la ciudad, en busca de trabajo, y Madrid me recibía con sus aristas más duras e hirientes. Yo trataba con editores, con directores teatra-

les, con intelectuales, a los que ofrecía mis servicios. Entre ellos coseché agravios con los que podría formar una larga lista. Pero a casa volvía contando conversaciones o escenas callejeras, que yo inventaba y que tenían por argumento la generosidad y la solidaridad de los españoles, entre los que nosotros teníamos la suerte de vivir. Pese a los reveses, cada mañana abandonaba el chalé de Carabanchel en busca del hueco que Madrid tenía reservado para mí, aunque yo aún no sabía dónde.

Y un día lo hallé.


Tres bibliotecarios, a los que también tendré que recordar siempre, Luis García Ejarque, Vicente Llorca y Manuel Carrión me ofrecieron trabajo en la Universidad Autónoma y después en la Biblioteca Nacional.

Vicente Llorca, director de la biblioteca de la Universidad Autónoma, en la que comencé a trabajar, por aquellas fechas asistió en Londres a un congreso de bibliotecarios de la IFLA. Después los congresistas visitaron Liverpool. Allí, a la entrada del hotel en el que se alojaban, al grupo de bibliotecarios españoles se acercó una mujer, dijo que era de la delegación soviética y preguntó si alguien conocía a José Fernández, a mí, con quien ella había trabajado en la Biblioteca Lenin de Moscú. Llorca dijo que me conocía. Ella no agregó nada más y se fue, pero en el avión en el que los delegados regresaban a Londres, aquella mujer se levantó de su asiento, avanzó por el pasillo y al llegar al lado de Vicente Llorca le dejó caer en las rodillas un papel plegado. Era una nota escrita en ruso y Llorca comprendió que era para mí. Cuando recibí en Ma-



drid aquella nota, por encima de cualquier otra consideración, sentí, valga la expresión, la grandeza de aquella mujer, que se arriesgaba para enviarme un mensaje de amistad, de la que yo estaba muy necesitado. La mujer se llamaba Vera Ambartsumián. Pero aquella historia tenía otro aspecto, que también entonces percibí. De haber tenido dinero, que no tenía, yo hubiese podido viajar a Londres. Sin el permiso de denigrantes comisiones. Tampoco hubiese tenido que ocultarme para hablar con cualquier delegado. Yo era un hombre libre.

La vuelta es una cirugía brutal, sin anestesia. Es como lanzarte a una piscina que ni siquiera sabes si tiene agua. Vuelves sin haber podido hacer una exploración previa del terreno. El dinero que te han canjeado ni siquiera te alcanza para pagar una semana en la posada más mísera. Vuelves a una edad en la que ya nada tiene sentido, pues te retuvieron más allá del límite razonable. En España ni siquiera te encontrarás a ti mismo. Eso es lo que te dice la lógica. Pero las leyes de la lógica no son leyes de vida. Y volvíamos, como esas ballenas misteriosas que porfiadamente acuden a suicidarse a una playa. Creíamos, con Tácito, que en el riesgo hay esperanza.

Al segundo año de estar en España, sin solicitudes ni humillaciones, mi familia y yo entramos en un piso propio, en la casa más extrema de Madrid, ante cuya puerta comenzaba la meseta castellana. Aún debíamos pagar por él diez años, pero ya teníamos techo y eso era lo principal. Y un día mi mujer y yo pudimos comprar, además del pan de cada día, cien gramos de salchichón, que llevamos a casa como pendón de conquista. Durante veinte años hice, día a día, el camino de la Biblioteca Nacional, cruzando cada mañana el pasillo subterráneo de Recoletos, en el que, como en un hospital de campaña, yacían sobre cartones los que Madrid hería de muerte cada noche. 

Edición de Ramón Salaberria

Estas memorias (bibliotecarias) han sido editadas a partir de los textos escritos por José Fernández Sánchez en *Mi infancia en Moscú* (Madrid: El Museo Universal, 1988), *Cuando el mundo era Ablaña* (Madrid: El Museo Universal, 1990) y, la recopilación de todos ellos, *Memorias de un niño de Moscú* (Barcelona: Planeta, 1999).

*"DURANTE VEINTE AÑOS  
HICE, DÍA A DÍA, EL CAMINO  
DE LA BIBLIOTECA  
NACIONAL, CRUZANDO  
CADA MAÑANA EL PASILLO  
SUBTERRÁNEO DE  
RECOLETOS, EN EL QUE,  
COMO EN UN HOSPITAL DE  
CAMPAÑA, YACÍAN SOBRE  
CARTONES LOS QUE  
MADRID HERÍA DE MUERTE  
CADA NOCHE"*